

EL MADRID DENIGRADO Y EL MADRID QUERIDO

Madrid, como objeto literario, ha sido muy visitado. Ya en 1651, un autor tan severo y ponderado como el aragonés Baltasar Gracián en su novela “El Criticón” coloca ante las puertas de Madrid a unos personajes que se expresan así:

»Yo veo –dijo Critilo- una Babilonia de confusiones, una Lutecia de inmundicias, una Roma de mutaciones, un Palermo de volcanes, una Constantinopla de nieblas, un Londres de pestilencia y un Argel de cautiverios”. A lo que otro personaje, El Sabio, añade: “... pues los que vienen a ella nunca traen lo bueno, sino lo malo de sus patrias.

Y sólo cabe ya preguntarse: ¿Qué maltrato recibió Gracián en Madrid?

Foulché Delsbosc, en una bibliografía no exhaustiva publicada en París en 1896, recoge 858 títulos de testimonios escritos por los viajeros sobre España. Pero lo llamativo no es tanto el número, sino la existencia permanente de un punto de vista peculiar que podría denominarse “punto de vista del viajero” y que, como hace el periodismo actual, se fija mucho más en lo insólito, en lo chocante, que en aquello que se considera normal o común. Todos ellos, los de entonces y los de ahora, ignorando a Diderot, que, con buen tino, escribió: “El gusto por lo extraordinario es característico de la mediocridad”.

Richard Ford, “viajero” inglés, recogió acerca del Madrid de 1845 cosas sorprendentes:

»Carlos V, gotoso y flemático, se sentía reanimado en Madrid por su aire vivo y puro, y sin tener en cuenta otra cosa, abandonó Valladolid, Sevilla, Granada y Toledo para fijar su residencia en un lugar que tanto los iberos como los romanos, los godos y los moros, habían rechazado por igual... Madrid es residencia desagradable y malsana. El sol, el calor y el resol son africanos; a esto, como si fuere una burla del clima, hay que añadir los vientos siberianos... foco de tuberculosis y de pulmonía.

La rigidez de la etiqueta es otro motivo de sorpresa para nuestros visitantes: baste decir que, según madame D'Aulnoy, fue ésta la causa de la muerte de Felipe III. Según esta versión, estando el rey sentado ante su mesa de trabajo se sintió incómodo por culpa de las emanaciones de un brasero colocado a su lado, pero ninguno de los nobles allí presentes quiso aceptar la responsabilidad de quitar el criminal brasero de allí para no usurpar las funciones del duque de Uceda, sumiller del cuerpo, ausente en ese momento del palacio. El rey cayó víctima de una fiebre violenta que acabó con él en pocos días.

La muerte de Felipe III nada tuvo que ver con un brasero, pues el rey murió a causa de las complicaciones de una erisipela. Valga anotar que en todo caso la historia parecía verosímil aún en la época, muy posterior, en la que D'Aulnoy recoge la anécdota.

Madrid aparece, pues, como el refugio de la extravagancia, la morada del quijote.

Las arrogancias de la gente noble son reseñadas también por muchos de los viajeros refiriéndose al pueblo llano y no digamos ya entre quienes se consideraban hidalgos.

»Me dijo que era zapatero –escribe Giacomo Casanova de visita en Madrid-. Yo le pedí que me tomara las medidas para hacerme un par de botas, pero contestó que él era hidalgo y que para tomarme las medidas debería tocarme los pies, lo que no le estaba permitido, pues lo rebajaría. Por eso sólo era zapatero remendón”.

El Madrid crisol de España o avanzadilla africana, según el gusto del opinante, parece revelarse un muestrario inagotable de tipismo. Quitando lo que de forzado pueda tener esa búsqueda de tipos y de tópicos que cada “viajero” se cree obligado a emprender, ¿qué es lo que ha hecho posible la amalgama y convivencia de esos conjuntos humanos? ¿Esa tolerancia de la que se admira Borrow, inglés él?

¿Será precisamente esa idea disparatada de enclavar una capital en una “tierra de nadie”, sin pasado, sin memoria, sin prejuicios, es decir, sin particularidades regionales... es eso lo que ha hecho posible su conversión en “tierra de todos”?

Se puede convenir que tanto en su etapa de Corte como en la de las Escenas Matritenses, o en la actualidad, la mejor característica de Madrid, su mejor espectáculo, son sus habitantes y eso es algo de lo cual los madrileños son conscientes. En ningún otro lugar existe, como en Madrid, el deporte de asistir a los sitios de moda, ya sea el Salón del Prado, en el XIX, o las terrazas de Recoletos y la Castellana ahora, simplemente a *mirarse*. Los visitantes son los primeros en anotar esta curiosidad.

Mas, sea como sea, la personalidad literaria de Madrid, también en manos de autores españoles, se ha convertido con el paso del tiempo en un cúmulo de contradicciones y de despropósitos que podrían volver loco a cualquier compilador que pretendiera sistematizar las opiniones que, desde tiempo inmemorial, viajeros o vecinos de esta Villa han venido desgranando sobre ella con aprecio o con desprecio, con amargura o cariño, con una sonrisa o con un látigo.

»Ciudades tan descabaladas, tan faltas de sustancia, tan traídas y llevadas por gobernantes arbitrarios, tan caprichosamente edificadas en desiertos, tan lejanas de un mar o de un río, tan ingenuamente contentas de sí mismas al modo de las mozas

quinceañeras, tan pobladas de un pueblo achulapado, tan heroicas en ocasiones sin que se sepa a ciencia cierta por qué...

Así se expresaba acerca de Madrid el donostiarra Luis Martín Santos en su madrileñísima novela titulada –y con tanta razón– “Tiempo de silencio” (1961).

Unos años antes (1949), un cronista enamorado de Madrid, Federico Carlos Sáinz de Robles, había escrito: “Destartalada ciudad sin pretensiones por su pasado y sin exigencias para su futuro”.

Ese cuasi general desprecio desaparece por completo en este libro que el lector tiene en las manos, en el cual el doctor Manuel Abeytua ha dedicado sus poemas al Madrid de hoy, ilustrados además con muy hermosas fotografías. Por ejemplo, al Parque del Oeste:

lindas con La Casa de Campo
llegando a la estación del Norte.
Variada orografía,
con la riqueza de árboles
y arbustos
que nos refrescan
en los días
más cálidos del verano.
En las laderas,
al abrigo de los troncos,
y
semiocultas por las inclinadas
ramas de los cedros,
las parejas
se mecen en tu césped,
mientras pasamos a su lado.

Y el Madrid tan martirizado:

Tres oscuras torres circulares
búnkeres de nuestra guerra civil,
permanecen enteras
y nos recuerdan
los horrores
de la guerra
y
que el parque defendió Madrid.

Y la destrucción del viejo Madrid árabe:

MURALLA DE MADRID
Árabe
la más antigua conocida,
y cristiana después,
siempre

defendiste Madrid.
Cuando creyeron
ya no eras
imprescindible,
te demolieron
sin piedad,
sirviendo
tus impenetrables pedernales,
a otras construcciones.
Tus restos,
quedaron
demasiado ocultos
para que puedas recordarnos
fragmentos
de nuestra historia.
Quisiera conocer
tu antiguo trazado,
pasear dentro
de tu recinto amurallado,
y
en el interior de tus calles,
sintiendo
la seguridad de los madrileños
que se resguardaron en ti,
Muralla de Madrid,
madre
de nuestro pasado.

Y el Madrid de hoy y del futuro:

No tienes un río
de importante ciudad,
ni te rodea la mar,
y careces
de gran catedral Medieval,
pero
eres cosmopolita,
cada día más multirracial,
donde
nadie extranjero
ni extraño se siente
y
quien te prueba,
quisiera no marchar.

Joaquín Leguina